

Reseña del libro “Memorias de un soldado desconocido. Autobiografía y antropología de la violencia”, de Lurgio Gavilán Sánchez

Por Manuel Fernando Seminario¹

Para muchas personas el amor suele ser el inicio de un nuevo mundo interior; amor que establece antiguas y genuinas constelaciones sobre las que se configuran oscuros recuerdos y los más humanos anhelos de solidaridad que se depositan en el barco de la esperanza colectiva.

Y ya que hemos evocado el significante del sentimiento esencial que en su presencia o ausencia traza la existencia de la criatura humana a lo largo de su desarrollo, convoquemos también al uruguayo Benedetti quien vino a decirnos estas palabras: “[...] Cómo hacerte saber que nadie establece normas salvo la vida. Que el odio y el amor son afectos. Que la agresión por que sí, hiere mucho. Que las heridas se cierran. Que las puertas no deben cerrarse”. No cabe duda de que la persona se escribe con la vida que lo recibe y lo transforma: es en ésta donde aquella experimenta su dignidad al ser reconocida como única por los demás, y es en ella donde también la desgracia puede acontecer marcando para siempre la fibra más honda del ser.

Con estas palabras quiero acompañar esta breve reseña y de mis motivos sabrán más adelante; los suyos, estoy seguro, los descubrirán en vuestro íntimo contacto con el texto al que he intentado darle una apreciación bastante personal.

¹ Psicólogo licenciado por la Universidad Andina del Cusco y facilitador en salud mental comunitaria por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Docente actual de Psicología en la Universidad de Ayacucho Federico Froebel.

El *soldado desconocido* nace pues entre esas normas que permitió la violencia estructural del Estado, vida que dispuso sobre el corazón y el cuerpo del – para quien logra mirarle, escucharle y sentirle– entrañable Lurgio: la norma de la violencia extrema aparecerá como el horizonte al que el soldado se dirige luego de abandonar el hogar paterno en busca del hermano mayor que ya se desplazaba en las filas de Sendero Luminoso en la primera década del conflicto armado interno 1980–2000.

Son muchos los acontecimientos perturbadores que desafían cualquier sensibilidad, los que el lector o la lectora encuentran en estas confesiones desgarradoras que por momentos susurran frías y desoladoras, y en otros cuantos nos llevan a revivir esa mezcla de alegría y tristeza, de dolor *ternurizado* al que nos han llevado también de cuando en cuando los pasajes de los cuentos más conmovedores de Dickens. Como el mismo Lurgio lo dijera en la presentación de su libro en alguna sala de la municipalidad de la ciudad del Cusco, sus confesiones tienen la música del alma palpitante de los paisajes y los hombres de *Los ríos profundos* del maestro Arguedas.

El texto, que fuera comentado por el nobel de literatura Mario Vargas Llosa, está prologado por el ya desaparecido antropólogo peruano Carlos Iván Degregori, quien nos presenta al protagonista así: “Lurgio escuchaba y rumiaba sobre su vida cotidiana, huérfano de madre y sin mayores perspectivas”. Estamos entonces, según el ex comisionado de la CVR, ante la vida de un personaje quizá profundamente marcado por esa ausencia fundamental del almíbar materno, y que discurrirá por las tormentas de la crueldad durante los

años republicanos más dolorosos del Perú.

También puede verse que las palabras preliminares de Lurgio se insertan claramente en la problemática de la identidad peruana y los lazos de amor que no han sido ligados. Por tanto, en cierto modo, esto ya nos da pistas para percibir el desarrollo del texto autobiográfico como una búsqueda del completamiento (o la construcción) del *self* del personaje; completamiento, es cierto, que se desarrolla a través de las relaciones afectivas en las que, en el caso del soldado, actúa la ausencia de la ternura y el deseo de *ser* en el mundo.

Al respecto, Grinberg y Grinberg (1984: 155) refieren que “La consolidación del sentimiento de identidad depende principalmente de la internalización de relaciones objetales que han sido asimiladas en el yo, por el funcionamiento de identificaciones introyectivas auténticas, y no por el uso de identificaciones proyectivas maníacas que darían lugar a pseudoidentidades y un falso *self*”. El falso *self* en este caso, hay que entenderlo como un edificio yoico en el que se han asimilado rasgos de identidad que no son coherentes con nuestra íntima y verdadera posición en el mundo, y que a la larga producen un sufrimiento psíquico fundamental que nos desarraiga constantemente del proyecto de vida.

Volviendo al personaje que nos intriga, el soldado desconocido nos introduce a sus intensas experiencias diciendo que “Para quien escribe, son todos los días de recuerdo, como si ayer mismo hubiera estado en esas escenas de mi vida”. El impacto de lo vivido entre los límites de lo humano y lo terrorífico aparece ya ante nuestros ojos con todas sus implicancias. Sin embargo, para el soldado también “Es verdad que al

recordar uno experimenta cierta nostalgia, pero al mismo tiempo alivio en el alma”. Hay entonces entre las páginas de la memoria escrita, aprendizajes, reflexión y por qué no decirlo, hay también perdón y amor: reconciliación con lo vivido, con la propia verdad, que libera al confesor de la condena del perpetuo dolor.

Siguiendo a Freud (1974 [1914]) podemos decir que las experiencias como las que nos muestra el soldado desconocido permanecen en la subjetividad del individuo a manera de un sufrimiento constante que se sedimenta en la memoria desbordándose de forma consiente y desgarrando así todo intento de bienestar del sujeto en su tiempo histórico presente.

A lo largo de la obra del soldado, podemos aprehender cómo el mundo simbólico (el lenguaje en su función de amalgamar lo vivido con una narrativa coherente y dando representación psíquica al horror por medio de la palabra) del sujeto sostiene la experiencia más íntima del dolor. Así vemos por ejemplo que el *Waqay vida* (tiempos de sufrimiento) se enuncia en la lengua materna. Y vemos también que la crueldad se halla en las metáforas del latín: *homo homini lupus*: a veces el hombre es para sus semejantes peor que las fieras. Dar lugar a lo insufrible a través de la palabra permitiendo la comprensión del sufrimiento para dar cabida a la liberación y la independencia del malestar psíquico, es lo que Freud (1974 [1914]) llamó *elaboración*.

Mientras uno escucha el sentimiento del protagonista a lo largo del relato es inevitable entrar en contacto con el dolor causado por la pobreza del prójimo del mundo andino que aquel nos presenta. La pena de las despedidas y de las rupturas de los lazos que parecen irse

con el viento se oculta en un íntimo y dulce acercamiento del lector al profundo cariño que el soldado entrega a la naturaleza. El irse de un lugar querido donde habita la gente querida, sin saber cuándo ha de ocurrir algún azaroso reencuentro, contrasta con la vida de la naturaleza que rodea la antesala del terror:

He recordado siempre ese día de mi partida de la comunidad de Punku, cuando salí de la casa de mi tía. Ella, con sus ojos llorosos, me decía que me quedara, pero ya estaba decidido; firme, partí a una aventura desconocida sin fecha de retorno. Tenía 12 años. [...]. Cuántas cosas se pueden recordar solo mirando un pueblo. [...]; la nostalgia me embargó aún más al mirar los lugares y me hizo rememorar los recuerdos donde jugábamos con mis amigos resbalándonos en el gras (pasto) verde pasteando las ovejas y los cerdos.

Así, con despedidas y nostalgias, el niño se hará parte de las filas de Sendero Luminoso. En él, el niño grabará para siempre la muerte y la crueldad humanas. Con Sendero Luminoso se tocará los huesos del hambre, soportará el frío insufrible, el cansancio que dejan en el cuerpo las pesadillas de una violencia desmedida e irracional. Empero, entre el recuerdo del hogar paterno y las íntimas y tímidas amistades alimentadas en el lado de la subversión, la vida no se habrá perdido en la oscuridad total: las lágrimas por la búsqueda de la sobrevivencia se harán menudas estrellas de esperanzas en los sueños de este complejo personaje:

Desde que las balas destrozaron su cuerpo femenino [...], siempre recuerdo su sonrisa y sus ojos grandes y profundos. Ella tenía por entonces 17 y yo 12. [...]; la naturaleza sonreía a la vida, había aún muchos motivos para que floreciera el cactus entre sus espinos. Y nosotros también teníamos motivos para seguir viviendo.

Si la camaradería permite sostener lazos que a su vez sostienen la vida, nos causa incredulidad que la camaradería sostenga asimismo el horror. Nos hacemos muchas preguntas mientras desarrollamos la lectura como por ejemplo ¿qué horror fue presenciado por el niño *soldado*? Y sólo él puede contarnos lo vivido tras la pena de muerte de una camarada:

En la noche la ahorcamos. Nos encomendaron a cinco personas. Ella tenía mucha fuerza. Demoramos casi medio hora, no podía morir. Por fin, la enterramos. Al día siguiente, la tumba donde la habíamos enterrado estaba vacía. [...]. El cuerpo de la compañera [...] lo encontramos en el barranco, seguramente revivió y en su desesperación cayó al abismo. Algo increíble, decíamos. “La mala hierba nunca muere”, decían los camaradas.

Pasajes que describen la violencia, abundan bajo la pluma de Lurgio. Soportando penurias extremas para cualquier niño, al reflexionar sobre la *invisibilidad* del Presidente Gonzalo en el mundo en el que se libraba la violencia, de portar la identidad de Sendero Luminoso, el niño soldado decidirá huir con una compañera para portar luego, por esas normas de la vida, la identidad del Ejército Peruano. Ruptura tras ruptura, acontecen procesos de integración de la identidad.

Avanzados algunos años, “*Los tiempos en el cuartel militar*” concurren también con violencia. La muerte y la crueldad siguieron agitándose en la institución militar –como lo muestra el asesinato de las mujeres violadas por los agentes militares– que sin embargo, le permitió al niño soldado otro nacimiento más cercano a la ciudadanía, al sujeto de derecho, que aquel nacimiento originario

que marcara su lugar en los márgenes de la exclusión, lejos del país oficial.

Nos parece, por supuesto, que en las *memorias de un soldado desconocido* la vida del protagonista parece acontecer como una búsqueda por hallar la completud de una identidad arrebatada por la pobreza y la marginación. El lector puede percatarse de un exigente impulso, aunque silencioso, de llegar a ser una entidad humana integrada en lo individual, lo social y lo espiritual. Una mirada que juzga a Lurgio antes de querer comprenderlo, puede desatar un agresivo rechazo injustificable ante sus confesiones. Pero existe también la oportunidad para aproximarnos, hasta donde el protagonista nos lo permite, a las profundidades de sus vivencias, de su búsqueda por hallar una identidad más coherente con sus sueños por un mundo mejor, por un mundo de solidaridad y de amor. Y será en el mundo de la religiosidad franciscana donde el soldado militar y ex-senderista, se convertirá en soldado de Dios. Así, Lurgio irá narrándonos el desenvolvimiento de su vida en la iglesia y el aprendizaje del amor mediante la devoción no de la bandera roja de la oz y el martillo ni de la bandera peruana, sino de la de Dios.

Instalarse como vigía de la luz de Dios le permitirá a Lurgio, descubrir el cambio social a través del amor. Valgan certezas: el amor al prójimo marcará las acciones de aquella criatura que creciera en la soledad, el hambre, la crueldad y el horror. Entonces nos parece reconocer en las líneas escritas en las *memorias* que la ternura perdida tras la ausencia materna, será renovada cuando el sujeto llegue a posicionarse como un ser capaz de reconocer la cualidad del amor en el otro, en el prójimo; es decir, el reconocimiento del deseo singular y de la humanidad de toda persona hará posible que los lazos de

amor, traducidos en solidaridad, se dispersen en los actos de Lurgio renovando la reconciliación con su ser herido por una historia de violencia y miseria extremas:

Esta es mi historia y es como la de cualquiera de mis compatriotas, quizá fui un poco más afortunado por haber vivido en estas instituciones, pero lo más importante es que en esta etapa de mi vida religiosa fue toparme con la obra de hombres como Jesús y San Francisco de Asís, quienes [...] unieron prédica y práctica. Ellos dijeron que el hombre es primero, elevaron la dignidad del hombre con la que pude borrar las fronteras del racismo.

Winnicott (1990) nos enseñó que todo proceso de creación (artístico, literario, musical, etc.) implica necesariamente un proceso de reparación de algo que fuera afectado o destruido a nivel psíquico a lo largo de la experiencia de toda persona. En sí, la creación es una condición sumamente importante para la integración del verdadero *self*. Ello quiere decir que toda criatura humana se determina como única a través de las producciones creativas que le pertenecen. Es en ese lugar de creación donde la persona encuentra su cualidad de entidad deseante y aparece en su propia historia como alguien capaz de transformarse ubicándose en la sociedad como un *ser verdadero y creativo*. Creo que Lurgio nos revela en carne propia ese proceso de transformación constante en una búsqueda –que aparece por ratos, tímida y por ratos activamente decisiva– por hallar su lugar en el mundo.

Pareciera ser que la creación se nos va arrebatando a medida que se nos exige la adaptación a un medio social que no se atreve a coexistir con la singularidad de cada persona. Nos da la sensación de que la creatividad se estanca en la infancia o se restringe sólo al mundo

artístico, entonces la nostalgia nos parece el único puente de retorno a ese tiempo donde inventábamos mundos para vivir con infantil dignidad. Pero como dice Thomas Mann en *La muerte en Venecia*, “tenemos la edad que nuestro espíritu y nuestro corazón nos dictan”.

Quien se acerque a las *memorias de un soldado desconocido* podrá encontrar tanto horror como aprendizajes maravillosos. Quizá se caiga en la desazón al comprobar que poco o nada ha cambiado desde los tiempos en que Lurgio fuera niño y viviera la pesadilla de la violencia extrema a flor de piel, hasta hoy. Es una vida la que está escrita en esas páginas y como tal, el aprendizaje estará de la mano de quien sepa escuchar lo que necesita para emprender una vida entregada en el amor mutuo, lo que significa convivir en lazos de respeto, solidaridad y confianza. Queda en la libertad de cada quien, la memoria que ha de construirse desde hoy para el futuro. Acompañemos a Lurgio en su travesía desde la pobreza y el dolor, pasando por la crueldad y el horror, para llegar hasta el amor: no hay nada que perder.

Referencias:

- Mann, T. (2003). *La muerte en Venecia*. España: Planeta DeAgostini.
- Winnicott, D. (1990). *Realidad y juego*. Argentina: Editorial Gedisa.
- Gavilán, L. (2013). *Memorias de un soldado desconocido. Autobiografía y antropología de la violencia*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos; Universidad Iberoamericana.
- Grinberg, L., Grinberg, R. (1984). *Psicoanálisis de la migración y del exilio*. Madrid: Alianza Editorial.
- Freud, S. (1973 [1914]). *Recuerdo, repetición y elaboración*. Obras Completas. Tomo II. Tercera edición. Madrid: Biblioteca Nueva.